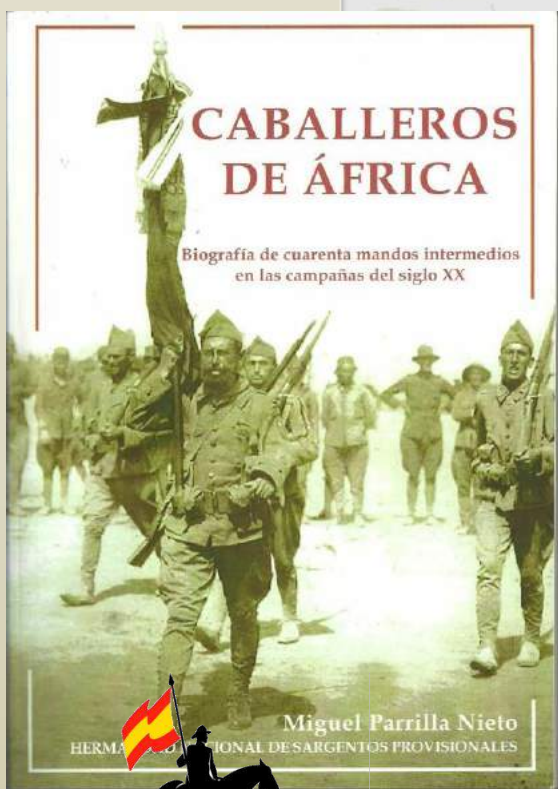


"DOS SARGENTOS PARA LA HISTORIA DE UN CENTENARIO"

UN ARTÍCULO DEL COMANDANTE (RETIRADO)

D. MIGUEL PARRILLA NIETO

D. Miguel Parrilla Nieto es comandante (retirado) de Ingenieros. Es autor de varios libros, entre ellos "Caballeros de África", del que se reproducen en extracto, y algo modificados, los dos personajes de este artículo. El libro fue editado por la Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales en el año 2011, nos envía este artículo en conmemoración a los cien años de la Campaña de Melilla. Desde la revista Minerva, nos sentimos muy agradecidos y honrados por su artículo.



La Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales, data de 1968, cuando los que fueron sargentos en la guerra civil decidieron asociarse con el fin de prestarse ayuda mutua y mantener el espíritu patriótico de su juventud.

Entre sus actividades culturales figuró la publicación de un boletín periódico en el que se daba cuenta de las actividades de las hermandades, tanto la central de Madrid como las provinciales, unas 20, de ellas aún permanece activa la de Barcelona, las demás han desaparecido hace años.

La edición de este y otros libros responde a la idea de conocer las biografías de sargentos, tanto de la época como anteriores. Las publicaciones de la Hermandad fueron siempre gratuitas, tanto por parte del autor como de los lectores.

DOS SARGENTOS PARA LA HISTORIA DE UN CENTENARIO

En España el recuerdo de los héroes dura poco, unas veces por el paso del tiempo, otras por envidias y las más por ideologías sesgadas, lo cierto es que después de un siglo apenas queda memoria de los hechos y de los hombres que los realizaron. Gracias a publicaciones especializadas y a escritores inasequibles a la maledicencia, la imagen de los héroes permanece. Este año 2021 se cumple un siglo de la gran tragedia militar que cambió la historia de España. Los sucesos del mes de julio en los puestos de Annual y Monte Arruit sembraron de luto a miles de familias, pusieron en evidencia la injusticia de un servicio militar insolidario y expusieron los errores de un mando militar incompetente. Pese a todo, hubo hombres que elevaron sus acciones sobre la desgracia y se hicieron merecedores de la gratitud de sus contemporáneos. Entre aquellos caballeros de la milicia, hoy olvidados, destacan los sargentos Francisco Basallo y Eliseo Calderón, el primero como paradigma de entrega y caridad, y el segundo como asombroso ejemplo de valor heroico.

FRANCISCO BASALLO BECERRA

Prisionero de Ab el Krim

Sargento de infantería, practicó la medicina en el cautiverio sin conocer apenas sus rudimentos, tuvo valor para enfrentarse personalmente a Ab el Krim, y durante más de un año fue el ángel protector de sus compañeros de desgracia. Por su dimensión moral mereció figurar entre los beneméritos de la humanidad y su historia escribirse en las páginas del Diccionario Espasa.



Nació Francisco Basallo en la ciudad de Córdoba el 2 de noviembre de 1892. A los veinte años ingresó voluntario en el regimiento de infantería Soria nº 9, de guarnición en Sevilla. Y al ascender a sargento pasó a prestar servicio en el Melilla nº 59, ubicado en la ciudad del mismo nombre. En su destino, el joven sargento de 24 años de edad se integró plenamente en la vida de campaña interviniendo en todas las acciones llevadas a cabo por su unidad.

En diciembre de 1920 participó en las operaciones de pacificación del territorio de Beni Said, una zona montañosa y agreste habitada por las kábilas más belicosas del Rif. Terminadas las operaciones, los 162 hombres del regimiento de Melilla, al mando de teniente coronel Piqueras, establecieron campamento en Dar Quebdani. Allí transcurrieron los primeros meses de 1921, con el fusil como inseparable compañero.

La tormenta que se venía fraguando acabó por estallar el 23 de julio. Centenares de moros sitiaron el campamento, y como Dar Quebdani, varias posiciones más de Beni Said se vieron atacadas.

La resistencia del campamento fue en todo momento heroica. A las seis jornadas de asedio, el día 29, los defensores, sin agua, carentes de municiones y con un considerable número de heridos abrasados por la fiebre y el inclemente calor del Rif, abrían las puertas del recinto para dar cobijo tras sus endeble defensas a una columna compuesta por 2500 hombres procedentes de Annual y otras posiciones y blocaos. La orden del jefe de la columna, general Navarro, era recoger a los supervivientes de otros puestos y todos resistir en el campamento de Monte Arruit.

Prisionero

Después de once días de asedio, el 9 de agosto de 1921 capitulaba la guarnición de Monte Arruit y el sargento Basallo formaba en la cuerda de prisioneros que a manos de los moros iniciaban un largo cautiverio. La difteria, el tífus y las fiebres palúdicas hacían estragos entre los cautivos. El teniente médico Serrano Flores atendía con ayuda de Basallo a todos aquellos dolientes compatriotas sin apenas

medios. La fatalidad quiso que el médico contrajese el tifus, falleciendo a los pocos días. Ahora sólo quedaba Basallo para atender a la tropa, sana y enferma. Sin ayuda alguna atendió a los enfermos aplicándoles los remedios que había aprendido del médico. En situaciones de extrema gravedad, tomó el bisturí y realizó con éxito operaciones que nadie se explicó cómo llegaron a buen fin, sin medios sanitarios y sin conocimientos de cirugía.

El 26 de marzo de 1922 protestó ante el cabecilla rifeño porque ese mismo día habían sido asesinados cinco soldados españoles. La protesta le costó un doloroso apaleamiento. Pero no quedó ahí la actuación del sargento durante el cautiverio. Realizó valiosas operaciones de espionaje que le ocasionaron la condena a muerte, conmutada a cambio de una paliza que lo dejó sin movimiento durante varias semanas. En un oscuro calabozo de Axdir permaneció encerrado hasta el final del cautiverio el 29 de enero de 1923. Un mes después, el coronel médico Eduardo Coll, informó a la superioridad con fecha 2 de febrero de 1923 en los siguientes términos: Como representante del unánime parecer de los médicos militares en este territorio, me honro en exponer a V. E la satisfacción con que verían figurar con el número uno de los practicantes militares, y con el carácter de honorario, al sargento de Infantería don Francisco Basallo.

Regreso

A su llegada a la península, la prensa en pleno se hizo eco de la figura del sargento Basallo, siendo tal su fama que el rey Alfonso XIII quiso conocerlo personalmente, por lo que fue recibido en el Palacio de Oriente en audiencia especial. El ayuntamiento de Córdoba lo nombró Hijo Predilecto y señaló con una lápida su casa natal. Por su parte, la Real Academia de Ciencias Morales le concedió el premio de la Virtud y el Cuerpo de Sanidad Militar lo incluyó en el escalafón de practicantes con el nº 1.



Arriba, fotografía con su madre a su regreso. Basallo escribió este libro al regresar a España desde su prisión en Marruecos.



Pero el cautiverio hizo mella en su salud y a poco de llegar a España solicitó la licencia, contaba 31 años de edad. Por su parte, el estallido de la guerra civil le sorprendió en Zaragoza, ofreciendo sus servicios en Acción Ciudadana, organización humanitaria que dirigía el comandante Emilio Correa. Gracias a una operación de intercambio llevada a cabo a través de la embajada de Bélgica pudieron salir de Madrid la madre y los hijos formando parte de una larga y accidentada expedición que terminó felizmente en Zaragoza el 1 de noviembre de 1937.

El afecto que la Familia Real guardaba al sargento Basallo se puso de manifiesto cuando contrajo matrimonio su hijo Vicente, médico en Zaragoza, al que apadrinaron don Juan de Borbón y su esposa doña Mercedes; así mismo, en 1954, el Jefe del Estado, Francisco Franco, le concedió la Orden de África en su calidad de Caballero, distinción que sumó a sus nueve cruces rojas del Mérito Militar, de Beneficencia, la Mehdanía y Sufrimientos por la Patria, entre otras, todas prendidas en una guerrera de suboficial de Infantería que fue su empleo en la reserva.

Falleció en su domicilio de Zaragoza el 10 de mayo de 1985, a los 92 años de edad.

ELISEO CALDERON RUIZ

Muerte en el polvorín

Entre los muchos héroes de la campaña de África, Eliseo Calderón debía ocupar un lugar en la primera fila porque su acción, amén de costarle la vida, impidió que armas españolas fueran empleadas contra españoles en una de las situaciones más críticas de la historia militar del siglo XX. El héroe de Buhafora pasó a engrosar la lista de muertos en aquel fatídico verano de 1921, su nombre permaneció ignorado durante años, y aún hoy, apenas es conocido, sirva esta referencia como homenaje de recuerdo a su persona a un siglo de distancia.



Eliseo Calderón Ruiz era natural de la localidad palentina de Berzosilla, a pocos kilómetros de Aguilar de Campoo. Vino al mundo el 14 de junio de 1891. Hijo del maestro de escuela Gabriel y de su esposa Nicolasa. A los 21 años de edad se hallaba prestando servicio en la comandancia de Melilla como artillero. Poco más se sabe de sus primeros años como militar, las clases de tropa dejaron poco rastro documental de su paso por el Ejército.

En el verano de 1921 era sargento y se hallaba destacado en la posición de Buhafora, a 100 km de Melilla, formando el vértice más avanzado de la penetración española en territorio del Rif. La posición estaba al mando del legendario capitán Capablanca, la componían una compañía del Regimiento San Fernando- uno de los más castigados en los sucesos de julio- una batería mandada por el teniente Reig Valerino, más servicios de intendencia e ingenieros, en total 8 oficiales y 299 de tropa, incluidos los sargentos de las distintas armas y cuerpos. Calderón tenía por misión la custodia y administración del polvorín.

La tragedia

En la mañana del 22 de julio de 1921 el capitán Capablanca recibió un radio informándole de la evacuación de Annual, posición situada solo a 11 km al norte. Como primera medida decidió convocar a los cabecillas de los poblados próximos, y una vez en el campamento ordenó su detención a modo de rehenes. La sospecha de un ataque a la posición resultó profética, a las pocas horas ya estaban rodeados y recibían fuego del exterior. Durante las primeras embestidas pudieron contrarrestar el peligro situando en los parapetos a los cabecillas. Viendo que los agresores retrocedían Capablanca ordenó una salida. Abrieron las alambradas y tropas del regimiento de San Fernando salieron al exterior al mando de un oficial, pero una vez fuera de la posición los del interior observaron aterrados como varios nativos se pasaban al enemigo haciendo fuego contra los soldados españoles.

En el primer momento cayó muerto el capitán del regimiento de infantería, que observaba la operación desde un parapeto. A lo largo de todo el día el enemigo siguió recibiendo refuerzos, mientras el número de bajas se iba incrementando en el interior. El día 23 Capablanca recibió orden de abandonar Buhafora y replegarse en la posición de Chaif, pero ante la dificultad de una nueva salida, los oficiales, en reunión de urgencia, decidieron resistir. No sabían ellos que durante la noche los áscaris desertores habían introducida armas a los del interior, incluidos los jefes retenidos, y en solo unos instantes generaban una sangrienta rebelión.

A lo largo de una tarde interminable los defensores de Buhafora lucharon contra los rebeldes del interior a la vez que recibían fuego desde un cerrado cerco del exterior. Con el paso de las horas el suelo se iba llenando de cadáveres propios y enemigos. Llegó un momento, al anochecer, en que la situación se hizo insostenible. De los ocho oficiales sólo quedaba el teniente de artillería, y este oficial aprovechando que la luz del día iba menguando, ordenó una salida desesperada con los pocos españoles y los sargentos Salvador González y Eliseo Calderón.

Los rifeños remataban a los heridos y destrozaban los cuerpos de los muertos. Al ver que los españoles intentaban salir de la posición un grupo se dirigió, gritando de júbilo, hacia el polvorín, la pieza más codiciada para ellos. Calderón, adivinando las intenciones del enemigo entró en el área del polvorín, vertió un envase de pólvora sobre las cajas de munición y aguardó la llegada de los moros. Cuando estos estuvieron dentro del subterráneo y el grupo de españoles se batía ya fuera del recinto, arrojó una granada sobre la pólvora vertida. Una tremenda explosión hizo saltar por los aires los barracones, las alambradas, las piezas, los sacos terreros... Todo el recinto se convirtió en un volcán del que brotaban miembros humanos mezclados con llamaradas y fragmentos de metralla. De la posición de Buhafora sólo quedaron un enorme foso humeante y una masa de cadáveres insepultos, entre ellos el del sargento Calderón.

Entrega y olvido

Cuando estalló el polvorín quedaban desparramados por el suelo 128 cadáveres de españoles. Solo se salvaron el teniente Reig, el sargento Salvador González y el soldado Eustaquio Albacete. Eliseo Calderón pudo ser el cuarto superviviente pero prefirió morir antes que dejar en manos del enemigo un material que hubiera resultado fatal para las tropas españolas que defendían las posiciones aledañas.

La gesta del sargento Calderón se difundió meses después del desastre por gran parte de la prensa nacional. Uno de los periodistas que informó sobre el suceso entrevistó al padre del sargento, en aquella entrevista, el maestro de la escuela de Berzosilla contestó: “Me han matado a un hijo, pero aún tengo otro en África y me dispongo a mandar a un tercero voluntario para vengar la muerte de su hermano y para defender a la patria”.

Ha pasado un siglo y el olvido se ha llevado el nombre y la gesta de aquel modesto sargento de artillería que no dudó en entregar su vida antes que permitir que un polvorín cargado de material de guerra cayera en manos del enemigo. El cabo Noval, protagonista de un acto heroico similar tiene una estatua en la Plaza de Oriente de Madrid, enfrente del Palacio Real, Eloy Gonzalo, el héroe de Cascorro, es casi un símbolo del Madrid castizo, mirando al Rastro desde su pedestal, Eliseo Calderón, por no tener, no tiene ni una calle en su pueblo.



Fotografía: Artillería en Marruecos.

Miguel Parrilla Nieto. Autor del libro “Caballeros de África”.

Editado por la Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales. 2011.